

Importante documento de la Jerarquía católica española

Los intelectuales españoles tienen hoy un motivo de íntimo gozo: un documento, voz de la Iglesia, que señala claramente el ideal que nos queda por alcanzar y el camino que conduce a él. Nos referimos a la reciente declaración colectiva de los Metropolitanos Españoles, del 1.º de abril de este año.

Todos conocemos aquellas preciosas reglas de San Ignacio, expresión del más sincero amor y entrega, que se citan tan frecuentemente con el epígrafe de «sentire cum Ecclesia», «sentir con la Iglesia».

Alardear de católico para poder tener franquicia de circulación en los ambientes del mundo donde uno quiere tenerla, pero hurtar el cuerpo vergonzosamente en el momento en que saliendo de vaguedades nos dice la voz de nuestra Jerarquía dónde está concretamente este título de intelectual católico, sería una actitud muy poco sincera, muy poco limpia. Nuestra misión intelectual nos pide ante todo que escuchemos qué espera la Iglesia de los intelectuales católicos españoles.

Se abre esta Instrucción con un dato de hecho: «peligrosas desviaciones del criterio ortodoxo católico, en el orden intelectual, se han manifestado en estos últimos tiempos en España». Así, con nobleza, claramente, la Jerarquía reconoce la realidad. Ya es clásico en la historia el viejo subterfugio de «apelar del Papa mal informado, al Papa bien informado», que han empleado como inútil excusa los que no querían ceder en lo que exige la verdad, que por otra parte decían profesar. No vamos nosotros a hacer así, sino noblemente (dispuestos a mejorar nuestras propias posiciones si nos invitan a ello) examinaremos en qué consisten estas desviaciones, y cuál es la actitud que la Iglesia espera de nosotros.

1.º Ante todo la afirmación de la gran importancia que los católicos hemos de dar al intelectual y a su acción sobre la sociedad: «Los pastores de almas debemos preocuparnos ciertamente de las masas obreras, que son los más; pero no debemos preocuparnos menos de los intelectuales cuyas ideas, cuyas doctrinas, cuyas propagan-

das son las que engendran luego y modelan los estados sociales». Lejos de la superficialidad que «sólo» da importancia a la *acción inmediata*, —que por ser improvisada, apresurada, superficial, a la larga resulta ineficaz— la Jerarquía con certera visión va al fondo al señalar que lo que a veces parece poco importante lo es mucho más: la difusión de las ideas, la cultura, la investigación, en una palabra: el intelectual. Nos gozamos íntimamente que esta verdad, bastante reconocida en ciertos ambientes católicos del extranjero, los cuales deben a esta alta estima de la labor intelectual católica su mejor éxito en el apostolado, sea también reconocida en España, donde el ambiente quizá no está todavía bastante preparado. Y es sumamente interesante que sea precisamente la Jerarquía quien con tanta claridad haya enunciado este punto: suma importancia que el católico ha de atribuir al intelectual. «No es apasionamiento polémico —prosigue el documento después de un denso párrafo sobre este punto— el ver la relación de los hechos con las ideas; antes al contrario, es un ingenuo infantilismo desconocer la necesaria proyección del concepto que predomine en el aspecto especulativo e ideológico de la vida humana, sobre la vida social y política de un pueblo».

Creo que con esta ocasión podríamos hacer algo de examen de conciencia y preguntarnos: aparte de todos los beneméritos centros docentes, ya existentes, de religiosos y de otras instituciones del apostolado católico, que se ciñen a la «preparación» del intelectual, ¿atendemos suficientemente el inmenso terreno de la producción, del ambiente, del desarrollo intelectual, que dejamos casi abandonado a la cosecha de la generación espontánea? En concreto: ¿quién cultiva el teatro específicamente católico? ¿el cine? ¿la novela? ¿la investigación científica así orientada? ¿la filosofía? No me refiero, claro está, meramente a una novela que *no contradiga* al dogma católico, para llamarla ya obra de intelectual católico; sino a la novela de tema y estilo específicamente católico, como hubo por ejemplo el arte románico en el siglo XII, o el canto gregoriano en el siglo VI, que nacieron al calor de la cultura católica que se desarrollaba.

Bastarían dos preguntas para patentizar nuestra inercia en este punto: 1.^a ¿qué *centros* tenemos en España, para que el católico culto, el intelectual que influye tanto en las ideas de la sociedad, pueda formarse con un fin no meramente escolar, sino superior? 2.^a ¿qué *premios* o *estímulos* hay en novela, teatro, periodismo, radio, historia, filosofía, teología, etc. para encauzar y fomentar el clima de producción de la cultura y de la intelectualidad específicamente católica?

Con tristeza hemos de reconocer que no tenemos gran cosa. Hoy día el joven intelectual que quiera abrirse paso y medrar, hallará varias salidas... Pero ¿en cuál de ellas se le dará la mano, si enfoca su futura labor científica o literaria precisamente hacia el apostolado intelectual o por lo menos hacia la producción específicamente propia del intelectual católico? Esta misión, inmensa misión, en que fragua

hoy lo que será la España de mañana, si prescindimos de los organismos estatales (de que no tratamos ahora) los católicos españoles la tenemos casi abandonada. No digo que no se haga nada: pero afirmo que al lado de lo que queda por hacer y de lo que deberíamos hacer es muy poco lo que se hace. ¡Ojalá la voz de la Iglesia, patente en este documento de la Jerarquía, nos haga ver y nos estimule!

2.º Después de haber declarado la importancia del factor intelectual en el mundo moderno y más en particular en la España de hoy, los Metropolitanos dirigen su atención a otro punto del mayor interés: jerarquía.

No basta con reconocer los diversos bienes que hay por doquier, si no sabemos jerarquizar su importancia. El desenfoque de aprecio es confusiónismo: «la Iglesia, que rompió las cadenas de la esclavitud, que condena las discriminaciones raciales, que ha propugnado y propugna siempre la elevación de los humildes, tiene siempre el sentido de los valores jerárquicos, no con fetichismos idolátricos de los mismos, sino juntándolos siempre a sus grandes responsabilidades».

Es decir, no una sumisión servil, irracional, de fanatismo idolátrico, al modo como por ejemplo Hegel, Marx o Rosenberg hacían adorar al Estado, de un modo místico y absurdo; porque para el católico consciente, la jerarquía de bienes tiene toda su fuerza porque viene de Dios y porque lleva en fin de cuentas a Dios: nada más. Pero por otra parte, supuesta esta limitación, que es a la vez su grandeza, hay que reconocer que el distinto grado de jerarquía que hay en la bondad de los seres, es algo que altamente aprecia la Iglesia y es digno del hombre racional su reconocimiento.

Un ejemplo patente (aducido por los mismos Metropolitanos) es el derecho a la propiedad privada, que la Iglesia «defiende como un necesario desarrollo de la personalidad humana, pero a la vez necesario para el bien común, y por ello reconoce en la propiedad altos deberes sociales, que limitan el mismo derecho de propiedad individual».

Fues bien, del mismo modo aplica la Iglesia esta doctrina al caso del intelectual: aprecia el valor del intelectual, admite la jerarquía que le es propia, pero nunca le tributa una veneración servil, idolátrica, de estas que levantan mitos y fetiches en el mundo de la cultura: «reconoce como un don de Dios la sobredotación intelectual que caracteriza a los llamados intelectuales; pero les exige grande responsabilidad en el empleo y uso de sus privilegiadas facultades».

Una aplicación concreta de esta jerarquía de bienes, aplicación de suma actualidad en España en el momento presente, es la jerarquía superior de la Verdad: aunque es cierto que la Iglesia aprecia el trabajo intelectual, no obstante (prosiguén los Metropolitanos) «por encima de todo ama la verdad».

Por esto el intelectual católico ha de someterse «amorosamente»

(así; esta palabra no suena aquí a mentalidad melindre, infantil, sino a plenitud y hondura de entrega viril con una posición noble y consciente), ha de someterse, pues amorosamente al «magisterio de la Iglesia». Y mal se somete quien mientras con las palabras proclama que es católico, apenas ve un documento de la Autoridad Eclesiástica sólo piensa cómo lo hará para considerarlo y tratarlo a modo de una verdadera carrera de obstáculos, cuyo único interés está en ver cómo se podrán sortear y saltar, para salir finalmente sin corregir sus propias malas doctrinas que antes tenía y que continuarán en adelante con la mera apariencia de una sumisión e interpretación, que en realidad es una traición más.

3.º Concedor de lo que es y supone esta jerarquía de bienes, el intelectual católico ama, pues, sinceramente, a los representantes de Dios en la tierra. El eco de la gran santa Catalina de Sena, que llamaba al Papa «dolce Cristo in terra», no se ha extinguido en él. Venera y se somete a la autoridad del Papa, no sólo cuando define «ex cathedra», sino también cuando enseña con el magisterio ordinario. Por esto venera también a los Obispos, en quienes ve, como son en realidad sucesores de los Apóstoles, que por institución divina gobiernan con potestad ordinaria las peculiares diócesis bajo la autoridad del Romano Pontífice.

Un caso particular de esta jerarquía de estimaciones, se halla en España en el Concordato firmado entre España y la Santa Sede. Estaban muchos acostumbrados al rutinarismo de la vieja y caduca mentalidad liberal; para estos espíritus no puede llegar la vista ni un centímetro más allá de la nariz: «sempre si è fatto cosi»... ¡razón suprema! Pero la Iglesia, que prescinde por completo del sistema particular de cada régimen político, ha declarado sin embargo muchas veces, la verdad sobre la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y cuál es la meta e ideal al cual hemos de tender (por lejos que nos hallemos de él en el mundo actual): desde la condenación del principio liberal en el siglo pasado (que ponía como estado de cosas ideal la separación entre Iglesia y Estado), hasta las últimas alocuciones y enseñanzas de Pío XII sobre esta materia, como puede verse en el precioso librito del P. Francisco Segarra, S. I., «Iglesia y Estado».

Sin embargo a remolque siempre de las corrientes ultrapirenaicas, siempre con los mismos mitos, siempre con la misma rutina, sin el sentido de jerarquía de la Iglesia, tampoco han faltado intelectuales católicos que sin más bagage que repetir el «sempre si è fatto cosi!» de su rutinarismo liberal, han atacado el Concordato. La voz de los Metropolitanos viene en ayuda de todos al declarar: «no es de buen católico el censurar lo que para un país determinado haya pactado el Romano Pontífice con un Estado».

4.º Todavía abordan los Metropolitanos en este interesantísimo

documento, la cuestión de la llamada «paternidad» y del «paternalismo». También de más allá de las fronteras nos había llegado estos últimos años el soplo de un mito, que allí incubaba hacía tiempo: rehusar toda sombra de «paternidad». Hasta el nombre de «Padre espiritual» molestaba a algunos que en su lugar querían substituirle, como si fuera gran cosa, el de «Consejero espiritual». La más pequeña crítica, la menor enseñanza, una sencilla observación, etc., son rechazados con indignación como huellas de «paternalismo»: así dicen.

Sobre esto hablan, pues, nuestros Prelados con las siguientes palabras: «Tampoco es de buen católico censurar la paternidad eclesiástica de los Obispos y de los sacerdotes. La Jerarquía incluye esencialmente la paternidad, paternidad de apostolado, de celo, de amor. Sin paternidad no hay jerarquía; aun cuando pueda haber apostolado fraternal, propio éste de los seglares. ¡Y cuán útil, cuán glorioso y fecundo es este apostolado fraternal de los seglares! En nuestros tiempos es necesario; pero ni el apostolado seglar de la Acción Católica ha de revestir ínfulas de paternidad y de jurisdicción; ni el apostolado jerárquico y pastoral de la Iglesia católica puede despojarse de su paternidad espiritual».

5.º Por último dirigen los Metropolitanos un llamamiento a todos los intelectuales españoles para que sean «fieles a su altísima misión de conductores espirituales de un pueblo de tan alta espiritualidad como el hispánico, que trasciende luego, de una manera especial, a veinte pueblos de comunidad de religión, de lengua y de civilización».

Un punto hay donde este llamamiento tiene quizá todavía más actualidad: ¿no hay que «condescender» con los autores heterodoxos? ¿no hay que admitir el ser «comprensivos» con ellos? ¿no hemos de desear en la España ideal la «coexistencia» de tirios y troyanos, como serán en este caso Santa Teresa y Unamuno, por ejemplo? Parece que para ponernos a tono con el mundo moderno así se exige.

Naturalmente el documento que comentamos no desciende a por menores para explicar en qué se puede «condescender» y en qué no; en qué se puede ser «comprensivo» y en qué cosas no se puede ser tal. Pero señala con precisión un caso límite, al cual no se puede llegar, y que ya es por sí mismo bastante aleccionador: «Acepte la verdad y aun las partículas de verdad dondequiera se hallen, pero no se deje fascinar por irenismos, como los que condena Su Santidad Pío XII en su encíclica *Humani Generis*, de querer conciliar doctrinas antagónicas y contradictorias».

Ocurren espontáneamente al pensamiento, cuando uno lee estas líneas, todas las exageraciones tan exorbitadas, que estos últimos meses y años se han sucedido a propósito de Ortega Gasset, de Unamuno y otros, a quienes algunos llegaron a proclamar guías y maestros de la juventud española. Imagino que no interpretaré mal la mente de los Metropolitanos, si aplico a este propósito sus palabras: «Puede un heterodoxo ser un gran científico en matemáticas,

en historia natural, en biología, en medicina, y como tal ser encomiado y seguido por autores católicos, con tal que su ciencia no quiera negar alguna verdad revelada. Mas en la filosofía, que es la ciencia de las últimas causas, sobre todo cuando se trata de Dios y del alma espiritual, o de los principios morales, ni cabe la neutralidad, ni se puede reconocer por un católico como maestro a un ateo o a un materialista, ni aun a un escéptico o a un relativista dogmático, y mucho menos proponerlo como maestro en estas disciplinas a la juventud».

6.º La Instrucción alude también de paso a la verdadera y legítima libertad que queda para el intelectual católico. Con esta ocasión citan los Señores Arzobispos a Menéndez Pelayo: «En él tienen un gran maestro y modelo los intelectuales españoles. Asombrosa su lectura de autores españoles y extranjeros, gran amplitud de criterio, caridad y dignidad en las discusiones, pero fidelidad inquebrantable a la ortodoxia de la fe y al Magisterio de la Iglesia. Imítenle los intelectuales católicos en su vocación al estudio, los universitarios en el respeto y veneración que tuvo a sus mejores maestros, en su noble magisterio de profesor y de escritor los profesores y escritores».

Han hecho notar algunos, encandalizados, que Menéndez Pelayo no era escolástico. Pero si quieren hallar en esto ocasión de aparente escándalo observaré solamente que quienes ponen el grito en el cielo porque imitemos a un gran defensor de la verdad católica, que no era escolástico en su filosofía, no tendrán el menos inconveniente en alabar constantemente a cualquier heterodoxo, rezumando modernismo por todos sus poros, con tal que sea de la cuerda de Ortega y Unamuno. ¿En qué quedamos, pues? ¿a qué iba el anterior escándalo por tragarse un mosquito, si ahora se tragan una rueda de molino?

Pero además de esto conviene hacerles notar que tampoco era escolástico Jaime Balmes, el gran y genial Balmes, a quien tantas veces los Señores Obispos han aludido y mencionado con encomio y respeto. Más aún, tampoco pudo ser escolástico San Agustín, puesto que nació varios siglos antes de que naciera la filosofía y teología escolástica; y como con ellos, pasa lo mismo con otros grandes valores de la ciencia católica; sus obras y sus actitudes personales son un venero riquísimo para el intelectual católico.

Sin embargo, todos los sabemos muy bien, no quiere esto decir que la Iglesia no muestre un alto aprecio por aquel sistema perenne que Pío XII llamó «*philosophia nostris tradita scholis*», antes bien, la Iglesia recomienda y ensalza constantemente a Santo Tomás y a los grandes genios de la tradición católica. Pero la Iglesia también distingue planos, perspectivas, y por ello mismo no deja de alabar todo lo que hay de acertado, bueno e imitable en los grandes filósofos y escritores, que aun fuera de la estricta escolástica han servido fielmente la causa de la Verdad, que es la de la Iglesia.

7.º Un último llamamiento cierra esta preciosa Instrucción que nos da la Iglesia: «Sientan toda la responsabilidad los intelectuales del uso que hagan de los dones recibidos. No se confunda nunca la verdadera y sólida ciencia con la fascinación de novedades o un mero atrayente estilo. Haga Dios que en España, hoy como en otros tiempos, tengamos numerosos intelectuales que, hermanando la fe y la ciencia, sean honor de la Iglesia y de la Patria».

El Instituto Filosófico de Balmesiana, que agrupa entre sus socios, profesores, colaboradores y amigos, a tantos intelectuales, que anhelan ser conscientes de la altísima misión que nos incumbe a todos para que en España todos «sientan con la Iglesia», se goza hoy íntimamente de la voz de nuestros Prelados, que es voz de la Iglesia, y les promete sincera fidelidad para bien de la cultura, de la ciencia y de nuestra patria.